

Introducción

La generación de saberes y cultura es una práctica intrínseca a cualquier comunidad humana. Más allá de cuán sofisticados sean los métodos de reflexión, el modo en que compartan y sinteticen esas teorías o el impacto que esos conocimientos tengan de manera transversal a otras colectividades o contextos; los grupos humanos, en la medida en que actúan juntos, producen códigos, creencias, sensibilidades y estéticas, es decir, van gestando un sentido común que les hace partícipes de la colectividad.

A partir de esta constatación y haciendo énfasis en la producción de sentido que la práctica epistémica engendra, se articula el siguiente problema: en el actual contexto americano, de qué manera la construcción de conocimiento es un espacio de disputa política relevante que puede ser utilizado en pos de contribuir a la transformación de la realidad. Es decir, cuál es el papel que tiene el pensamiento crítico o, incluso, la teoría revolucionaria en la gestación de un mundo otro; y, además, qué características debiera tener una reflexión que apunte a ese objetivo.

Esta problemática no constituye una novedad, al contrario, ha sido uno de los nudos articuladores que ha dado lugar a la tradición epistémica del pensamiento crítico que se reconoce heredera del materialismo histórico y que, en función de esta inquietud, ha establecido relaciones con los movimientos y luchas sociales que se han desplegado y se siguen desplegando

en nuestro continente, ya sea teniéndoles como referencia, volviéndoles sus objetos de estudio o produciendo intelectuales que les asesoren.

No obstante esta vertiente analítica —aun cuando se reconoce la influencia que ejerce sobre esta indagación—, yendo más allá de las instituciones que tradicionalmente se han posicionado como los espacios productores de saber y cultura, las últimas décadas han puesto en escena a diversos sujetos y sujetas pertenecientes a organizaciones populares —los llamados “nuevos movimientos sociales latinoamericanos” (Zibechi, 2008)— que han asumido como trinchera de lucha la práctica político-pedagógica y que entonces, apuestan a crear sus propios saberes y cultura los cuales se entranan fuertemente con la posición política que llevan a cabo. Estas luchadoras y luchadores establecen que transformar el mundo implica, también, modificar las relaciones epistémicas que se dan en él.

Lo anterior nos lleva a proponer que a partir del modo particular de crear saberes que están adoptando las organizaciones populares en Nuestra América —en particular, estos “nuevos movimientos sociales” que se han visibilizado sobre todo a partir de la década del 90 hasta nuestros días—, se estaría generando una *Epistemología Situada de la Resistencia* donde se pone de manifiesto el compromiso ético que la configura y que estaría dando cuenta de una nueva relación entre asociatividad, poder y saberes determinada por la praxis colectiva de las luchas insurgentes en el continente.

Para desentrañar esto, nos centraremos en tres ejes distintos que, a pesar de su diferenciación, se interrelacionan en la medida que les subyacen dos variables de análisis que permiten reflexionar en torno al estatus político de la práctica epistémica. Éstas son el vínculo que se forja entre el saber y la colectividad, y aquel que se establece entre el saber y el poder.

En una primera instancia, revisaremos el concepto de epistemología como tal, buscando poner de manifiesto cómo a través del análisis crítico de aquella que se ha vuelto hegemónica en una sociedad, es posible acceder a la matriz ideológica que la configura y que, a su vez, determina la concepción

antropológica, ética y política en la que se sostiene dicha colectividad. Este razonamiento evidencia que establecer una reflexión aguda sobre la epistemología vigente exige ir más allá del cuestionamiento por las condiciones de posibilidad del conocimiento, ya que demanda indagar en torno a las formas de vida y la construcción de la sociedad en la que ésta se despliega y perpetúa. Es decir, el análisis deja de centrarse en un debate lógico o inmaterial para volverse uno de tipo ético político.

Lo anterior, será trabajado comenzando con una provocación que, en un tono ensayístico, busca constatar algunas tensiones o dudas que demuestran cómo en lo cotidiano, a pesar de que muchas veces pase inadvertida, está presente la impronta epistémica. A partir de esto, y siguiendo las recomendaciones que hace Franz Hinkelammert, nos enfocaremos en el análisis del materialismo histórico —en tanto teoría que no solo encara cuestionamientos económico-productivos, sino que también es una propuesta epistémica específica— como punto de partida y perspectiva analítica ineludible para gestar las indagaciones que esta reflexión demanda. Así, se busca forjar una línea argumentativa que haga manifiestas las implicancias que tiene encarar, desde la filosofía de la praxis, la producción de saberes y su impacto en la realidad. Finalmente, se procederá a desvelar la estrecha relación que se forja entre epistemología e ideología para proponer una definición operativa de epistemología a utilizar a lo largo de este estudio.

Luego, el análisis se dirigirá hacia los sujetos que tradicionalmente han sido considerados productores de saber —los intelectuales—, poniendo atención a la relación inexorable que ellos han tenido con la práctica política. Es decir, se aborda la politización de la producción de conocimiento a partir del análisis de la figura y labor del intelectual, atendiendo a que su definición siempre es fruto del contexto histórico social en el que se sitúa, y cuya cristalización se traduce de manera emblemática en la figura del intelectual orgánico. Posteriormente, examinaremos lo relacionado con Nuestra América, con el objetivo de desvelar cómo, fundamentalmente al calor de los procesos políticos de mediados del siglo XX en adelante y hasta nuestros

días, se han gestado nuevos modelos de intelectualidad, ya sea en sus versiones rebeldes y revolucionarias o desde la vacuidad y melancolía en la que las posdictaduras los han sumergido.

Revisaremos también la articulación entre la práctica organizativa, la producción de saberes y el protagonismo popular desarrollado por organizaciones sociales y populares latinoamericanas del período posdictadura. Para ello se tendrá en cuenta tanto los productos que las organizaciones o sus militantes generan, como también la experiencia personal en una práctica de este tipo. En función de estos elementos, se busca evidenciar cómo es leído el contexto actual —a partir de los años 90 en adelante— desde las organizaciones y de qué manera esta lectura determina las formas de resistencia que se han adoptado. Luego, poniendo atención a un grupo específico dentro del movimiento social —aquel conformado por organizaciones urbano-populares fundamentalmente de Santiago (Chile) y Buenos Aires (Argentina)¹ que han asumido la práctica político-pedagógica como trinchera de lucha— se indaga la manera en que ellas y ellos producen saber, analizando si esto efectivamente configuraría una propuesta epistémica nueva o no.

Es necesario rescatar también, que se trabaja principalmente con una base documental generada desde las mismas organizaciones populares y de intelectuales-militantes. Entre ellas, cabe destacar el Colectivo Caracol, *el apañe de los piños* y la Coordinadora Popular Sur (COPOSUR), para el caso chileno; el Colectivo Situaciones, la Universidad Trashumante —principalmente desde los planteamientos del sociólogo y educador popular Roberto ‘Tato’ Iglesias— y Pañuelos en Rebeldía —a través de la pluma de la educadora popular feminista Claudia

1 Es necesario hacer hincapié en este componente urbano-capitalino de las organizaciones y experiencias que se consideran, ya que los contextos y repertorios de acciones que aquí se despliegan no son las mismas que existen en territorios rurales o incluso en ciudades que, a partir del centralismo imperante en estos países, tienen otras características, desafíos y apuestas. Esto no quiere decir que no haya un diálogo fecundo entre ellas o que incluso se puedan reconocer elementos comunes. La importancia de hacer esta salvedad radica en insistir en la situacionalidad de las reflexiones aquí desarrolladas y evitar que se extrapolen acriticamente a cualquier territorialidad.

Korol—, para el caso argentino; y, de manera secundaria, con el Ejército Zapatista de Liberación Nacional —principalmente a partir de la voz del Subcomandante Insurgente Marcos— para el caso mexicano, entre otras organizaciones. Además, se trabaja con las reflexiones de un grupo de intelectuales-militantes donde destacan el periodista y educador popular uruguayo Raúl Zibechi, los argentinos Miguel Mazzeo (académico y encargado de la formación política del Frente Popular Darío Santillán) y Miguel Benasayag (filósofo, ex militante del ERP-PRT y activista de los derechos de la población migrante), entre otros.

Finalmente, es necesario poner de manifiesto dos aspectos fundamentales que se presentan de manera transversal. El primero se relaciona con la selección de las y los autores con los que se trabaja. La elección de ellos en desmedro de la lectura de otros no es un hecho casual, sino que tiene que ver precisamente con la problemática de la construcción del conocimiento. Si buscamos analizar la relación de cómo el saber aporta a los procesos de liberación, los y las autoras trabajadas deben inscribirse en la línea del pensamiento crítico y tener algún tipo de vinculación práctica con aquello que problematizan. Es decir, no basta con que hayan trabajado *sobre* procesos de transformación de la realidad, sino que deben estar familiarizados con alguno. Su reflexión debe surgir de la implicancia. Por lo mismo, aun cuando existan sujetos que teoricen ‘desde fuera’ a las organizaciones, a los territorios en resistencia o a las ‘nuevas generaciones intelectuales’, se priorizarán los análisis hechos por sujetos y sujetas que tengan o hayan tenido experiencias organizativas de este tipo. Es decir, que su lugar de enunciación no sea el teórico, sino el praxiológico.

Otro aspecto guarda relación con el lugar epistémico desde el cual se lleva a cabo este texto. Y ese ‘desde dónde’ es complejo, pues es construido por dos vertientes. Por una parte, aun cuando se apueste a generar una transdisciplinariedad, la formación académica filosófica es el eje reflexivo desde donde se posiciona. Y por otra, la segunda vertiente surge desde la militancia en organizaciones populares donde la práctica política

es construida desde la Educación Popular. En ese sentido, es indispensable transparentar esta doble influencia y, en particular, la segunda, pues se ha vuelto una de la que no es posible desmarcarse y que al hacerla evidente justifica o permite comprender algunas decisiones que fueron tomadas en el proceso reflexivo.

Por último, es relevante enmarcar que ha existido un importante vacío en torno a un análisis sobre la producción de saberes desde el pueblo, en términos generales, y sobre el cómo se crea conocimiento desde los espacios organizativos populares, en términos específicos. Por ello, buscamos ser un aporte al momento de subsanar dicho vacío analizando de qué manera las formas propias de saber y su creación comparten normas de resistencia.